

Liderazgo

Micaela Navarro



Palabras para regalar

Palabras para Regalar es un Proyecto de la Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Fuenlabrada

Dirigido por Silvia Buabent, Concejala de Igualdad

Conversación con Micaela Navarro el 24 de noviembre de 2014

Idea original, diseño y realización:

Luz Martínez Ten

Rosa Escapa Garrachón

Mariel Bajo Hervás

Cristina Mochales Modroño

Con la colaboración de Lucía Muñoz García

Ilustraciones, diseño y maquetación:

Mónica Carretero



Liderazgo
Micaela Navarro

Esa rebeldía que he sentido desde niña me ha empujado como un huracán a implicarme en las causas que defiendo, sin detenerme a pensar en los problemas y los obstáculos con los que me iba a encontrar.



Mis primeros pasos comienzan en los campos de Andújar

Nací en los campos de Andújar en una época en la que vivir de la agricultura era prácticamente subsistir. En aquella España de Franco, las mujeres no teníamos muchas oportunidades para estudiar, las cuales eran prácticamente inexistentes si eras de una familia humilde. Yo pude asistir un tiempo a la escuela, a diferencia de mi madre, que aprendió a leer y escribir sola, y gracias a ella, aprendieron sus hermanos. Pero desperté muy pronto de mi sueño.

Todas las manos eran necesarias, tanto para la casa como para el campo. Vivíamos entre la luz del sol y las lámparas de carbono por la noche, porque la electricidad llegó muy tarde. Recuerdo que la primera vez que encendí una bombilla tenía catorce años y aquello me pareció prácticamente magia. Para ir a la escuela, caminaba cinco kilómetros de ida y otros cinco de vuelta. Me encantaba ir, siempre me ha gustado aprender, sin embargo, tuve que dejarlo cuando cumplí once años porque cerraron aquella escuela rural que me inició en la lectura y en las primeras lecciones de la vida.

Cuando se dismanteló la escuela, me ofrecieron una beca para estudiar fuera del pueblo, pero a mi padre la idea de que me alejara no le gustó nada, así que cambié los estudios por el trabajo en la agricultura. Sin embargo, algo en mí me decía que tenía que seguir aprendiendo, así que una parte de mi jornal lo destinaba a comprar libros ante la mirada perpleja de mis padres que lo consideraban un gasto inútil. Mi madre me decía: “¿No te da lástima gastártelo en eso?”.

Desde la distancia de los años, recuerdo mi infancia y mi juventud como tiempos dichosos. Probablemente, con la felicidad de la ignorancia.

Había necesidad, mucha, de todo. No había yogures, porque no llegaba el dinero, pero mi madre se las ingeniaba para hacer las magdalenas más ricas del mundo. Y aunque nos las arreglábamos con lo que teníamos, nos faltaba lo más básico. Por eso, creo que aquellos años, aunque fui consciente de ello mucho más tarde, me enseñaron a rebelarme contra la injusticia social.

Mi viaje ha sido siempre muy intuitivo, sin metas ni planes prefijados. Siento que es como cuando te llenas las manos de agua y llega un momento en que tienes que abrirlas porque el agua se va. El agua busca un camino... de alguna forma, yo era esa agua, desbordada por la necesidad de encontrar respuestas. Así, la vida me fue llevando a encontrarme con personas que me ayudaron a poner palabras a aquello que yo sentía frente a la desigualdad. Y a acercarme a organizaciones en las que podía transformar mis ideas en acciones. Ideas que se centraban en la lucha por unos derechos que no eran iguales para todos. No sentía la desigualdad como algo abstracto, sino como una certeza que tenía dentro, que me dolía como una herida abierta.

La desigualdad era aquello que yo había vivido desde niña en aquellos campos de Andújar, entre mares de aceitunas.

La rebeldía como bandera

La rebeldía nació conmigo, no sé de dónde me venía. Mi madre me decía que comencé a protestar el día en el que vine al mundo, que no me conformaba con nada. “Ni con un collar de cascabeles”, me decía riendo. Y era la pura verdad, me faltaba el aire, necesitaba aprender, buscar respuestas, comprender el porqué de todo aquel sufrimiento por conseguir lo más mínimo, por qué unos tenían tanto y otros tan poco. Me cuestionaba todo, no me conformaba con aceptar un orden que imponía unas condiciones que nos ahogaban. En mi rebeldía, necesitaba responder a esa situación de desigualdad social tan evidente que vivíamos en el campo.

Quería estudiar, desde que me fui de la escuela sentía que tenía esa asignatura pendiente, aunque en aquella época, en los años setenta, los últimos años del franquismo, lo normal era que las mujeres nos dedicáramos a la familia y a ayudar con el jornal. Me casé con veintiún años, tuve a mi primera hija a los veinticuatro años y la segunda cuando tenía veintinueve. A pesar de lo mucho que trabajaba, dentro y fuera de la casa, yo seguía empeñada en aprender, así que, al año de nacer la segunda, me presenté al examen para personas adultas, con el que obtuve el graduado escolar.

Aquello fue un paso gigantesco porque me permitía cursar estudios universitarios. En los años en los que fui a la escuela no se pasaba de curso porque hubieras aprobado, sino porque tus padres tenían dinero para comprarte los libros del

año siguiente. Yo tenía tantas ganas de aprender que, aun sin tener libros, pasé de primero a tercero. Con la misma cabezonería me preparé el examen de acceso a la universidad y comencé mis estudios. Pero aquel año se cruzó en mi vida el PSOE, transformando mi carrera académica en la carrera del partido, encontrando un espacio para luchar por lo que creo.

Esa rebeldía que he sentido desde niña me ha empujado como un huracán a implicarme en las causas que definiendo, sin detenerme a pensar en los problemas y los obstáculos con los que me iba a encontrar.

Mi maestra me decía:
“El problema que tú tienes es que te han echado a correr sin saber andar”.
Tenía razón.



Descubrir el feminismo

Como muchas mujeres, yo era feminista sin saberlo. Lo cierto es que en los años setenta y ochenta existía un rechazo terrible hacia las mujeres que se declaraban feministas, porque se había construido un imaginario con ideas tan absurdas como que no se lavaban ni peinaban, que vivían como libertinas hurañas, que protestaban por todo y que odiaban a los hombres hasta el punto de no querer que existieran. Lo que ahora nos parece absurdo, entonces era una creencia muy extendida que ayudaba a mantener el orden de subordinación y la falta de libertad de las mujeres.

No conocía a ninguna mujer que se declarara feminista. Ni siquiera en la asociación de vecinos donde participaba nos habíamos planteado cuestiones sobre los derechos de las mujeres. Como ciudadana, luchaba por mejorar la situación de mi entorno. Trabajaba para que hubiera alumbrado eléctrico, para que mejoraran el pavimento, para que abrieran un centro de salud, recogieran las basuras... Todo esto era importante, pero yo no incidía de forma especial en la situación de las mujeres porque el desconocimiento me hacía obviar las situaciones de discriminación de género y, por supuesto, no valoraba el feminismo, ni intentaba conocerlo, pues todo lo que escuchaba era absolutamente negativo.

Estaba convencida de que, como mujer, a mí no me discriminaba nadie. Desde pequeña había trabajado en las mismas actividades que los hombres, eso sí, cobraba menos, pero lo asumíamos como algo natural, ni por un momento se nos ocurrió cuestionárnoslo.

Incluso realizaba tareas que no podían hacer algunos compañeros. Desde los once a los catorce años, trabajaba en un vivero donde se plantaban los pinos. Recuerdo que había que ponerlos en cajas y cargarlas en camiones. En la plantilla había trabajadores de todas las edades. Había hombres muy mayores que no tenían ni pensión, ni seguridad social, un derecho que adquirimos mucho más tarde, en la democracia, así que tenían que trabajar mientras vivieran para poder subsistir. Por su edad, no tenían fuerzas para cargar los camiones, así que lo teníamos que hacer las mujeres. Cargar peso era una tarea tradicionalmente asignada a los hombres, por lo que mi razonamiento me llevaba a pensar que yo era igual que ellos, aunque no tuviera ni el mismo salario, ni los mismos derechos.

Entendía que el problema de la desigualdad era una cuestión de clases. Desde que tuve uso de razón, fui consciente de la explotación en el trabajo, de la falta de servicios básicos, como la educación, la salud, la vivienda... Nadie me lo tenía que explicar porque lo había vivido en mi propia piel, yo había sufrido las consecuencias de un sistema injusto. Tenía clarísimo que el hecho de nacer en una familia o en otra determinaba las oportunidades que ibas a disfrutar en la vida. Sin embargo, desde mi perspectiva ideológica, las causas se encontraban únicamente en la clase. A pesar de lo mucho que leía, no conocía nada sobre los derechos de las mujeres.

Como tantas veces en mi vida, me crucé con una nueva oportunidad: conocí la Asociación de Mujeres Progresistas

de Andújar. A través de esta asociación, entré en contacto con el feminismo, todas las barreras y los prejuicios que tenía sobre la lucha feminista se me cayeron de golpe. Comencé a leer, a debatir, a asistir a conferencias. Mi visión sobre las causas de la desigualdad se volvió más compleja cuando adquirí una perspectiva feminista que me permitió cruzar las variables de clase y género.

Desde la asociación, dábamos charlas por los pueblos, explicando a las mujeres, de forma muy clara, cuáles eran sus derechos y desmontando los errores sobre el feminismo que nos habían transmitido. Les explicaba que nosotras no estábamos en contra de los hombres, ni deseábamos quitarles nada, sino que lo que queríamos eran más e iguales derechos.

En el contacto diario con mujeres de todas las edades, me fui reafirmando en la idea de que es necesario no olvidar nunca que la discriminación no es la misma si, como mujer, has nacido en un entorno social o en otro.

Muchas mujeres no son conscientes de su discriminación porque no tienen las herramientas necesarias para tomar conciencia de sus derechos, ni para ejercerlos. No es lo mismo verte obligada a trabajar desde pequeña para contribuir a la economía familiar y tener que dejar los estudios que tener todas las facilidades para acudir al instituto y disponer de libros en casa. No es lo mismo tener independencia económica que no tenerla, tener acceso a unos servicios que te permitan decidir sobre tu sexualidad que no tenerlos. Sin esa capacidad de reflexión, sin autonomía, lo más fácil es reproducir el rol tradicional que socialmente le impusieron a tu madre y, antes, a tu abuela... Esa brecha social repercute en la desigualdad y en la discriminación que sufren las mujeres.





Mi participación política

Mi entrada en el partido fue casi sin pensar, mi madre decía que no me metiera, que me iban a señalar. ¡Si en mi familia nadie se había afiliado! Lo cierto es que sucedió sin más, porque nunca me he planteado qué quería hacer después. Antes de asentarme en algún sitio, ya estaban tirando de mí para otro, lo que me ha permitido asumir nuevos retos y responsabilidades, aunque esto signifique estar siempre con la lengua fuera. Un día me vinieron a buscar a la asociación de vecinos y me encontré inmersa en el proyecto político socialista.

En el partido, comparto el proyecto de sociedad basado en la justicia y la igualdad de oportunidades que intuitivamente he buscado desde niña. Defender mi ideología ha sido mi forma de vivir, compartiendo el espacio político con personas muy diversas, de todas las clases sociales, distintos perfiles e intereses, pero todas comprometidas con la defensa de la igualdad y la justicia social. Por eso, no creo que seamos el partido de los pobres, como muchas veces nos han dicho, sino de quienes intentan erradicar la pobreza y garantizar los derechos necesarios de todos los seres humanos para una vida digna.

Definir el liderazgo

No es fácil explicar por qué una persona es líder. Tal vez sea la suma de muchas cualidades, como la forma de expresarse, de comportarse, la seguridad en las ideas, el entusiasmo al definir una meta, defender un compromiso o cuidar de las personas. De lo que sí estoy segura es de que hay una parte de la personalidad que considero casi innata, y que responde a esos rasgos carismáticos que impregnan el estilo de ciertas personas que merecen nuestra credibilidad.

Cuando estás en una actitud abierta al crecimiento personal, son muchas las posibilidades que te ofrece tu entorno para seguir aprendiendo, de forma que puedes desarrollar tus aptitudes, profundizar en tus conocimientos o mejorar tus habilidades. Sin embargo, no puedes hacer que aparezcan cualidades que no forman parte de ti. No creo que las variables que definen el liderazgo se adquieran, creo que son naturales, la persona que lidera no necesita impostar. Sin embargo, sí se pueden perfeccionar a través de la formación y de la experiencia.

Muchas veces confundimos poder con liderazgo. Y no tiene nada que ver. He conocido a personas en cargos que no tenían capacidad para liderar. Y personas que lideraban sin ser parte de la dirección o tener un cargo determinado. También he conocido personas con un estatus o

una capacidad económica que les permitía mandar, pero cuando esto desaparece, se quedan sin nada.

La persona que es líder lo es siempre, unas veces tendrá el espacio para ejercer como tal y otras veces será un ser humano que es admirado aunque no lidere ningún grupo o espacio público. Por eso creo que el liderazgo es un rasgo de la personalidad que no se debe confundir con el poder. Son dos aspectos diferentes que pueden confluír en una misma persona o no. Se puede constatar fácilmente observando sus equipos. La persona que lidera se rodea de equipos brillantes, mientras que las personas que sólo tienen poder intentan que no se les haga sombra.

Esta cuestión me lleva a otra pregunta: “¿Por qué hay personas que nos inspiran la seguridad necesaria para sumarnos a su proyecto?”. La respuesta tal vez esté en la credibilidad y confianza que transmiten. La confianza es clave para muchas cuestiones de nuestra vida y también lo es para la política, en la que es necesario creer que es posible realizar tu programa y cumplir lo que has prometido en él.

Las personas que lideran deben tener esa capacidad tan valiosa que es hacernos ver cuál es el final de nuestro viaje y cómo será el trayecto, además de la credibilidad necesaria para que nos embarquemos.

Liderar en femenino

La política para las mujeres no es fácil, siempre hemos tenido que luchar por tener un espacio propio, ya que históricamente hemos estado excluidas de los ámbitos de decisión y gestión de lo público. Son múltiples las razones que explican por qué no hay más mujeres líderes, desde la falta de referentes hasta los lobbies de poder o la misma práctica política. Pero es fundamental que haya mujeres en política, ya que sin nuestra presencia, no existe democracia real.

Las mujeres que comenzaron a participar en política después de la etapa franquista fueron abriendo terreno a otras compañeras para que no se sintieran extranjeras. En este sentido, yo tuve mucha suerte, por una parte, porque el partido me llamó sin que yo me lo hubiera planteado, por otra, porque encontré compañeras que, desde un inicio, me han ayudado con mucha generosidad, no sólo a desarrollar el liderazgo, sino también a hacer política desde una perspectiva feminista.

Es muy común escuchar que las mujeres siempre nos peleamos entre nosotras, sin embargo, considero que esta premisa es falsa. Es cierto que rivalizamos por los puestos de poder, porque siempre ha habido menos espacios para las mujeres. En política, la ambición es necesaria para luchar por un espacio desde el que cambiar las cosas por el bien colectivo, y nosotras tenemos derecho a participar en igualdad de condiciones. Por esta razón, buscamos instrumentos como la paridad o las listas cremallera, de forma que la igualdad llegara también a los puestos de dirección.

Para mí, liderar desde una perspectiva feminista es hacerlo desde un posicionamiento ideológico progresista que se preocupe y defienda la situación de todas las personas a través de una mirada de género. Una mirada que introduzca en la agenda política los intereses, propuestas y preocupaciones que tenemos las mujeres. Que construya redes y defienda el apoyo de aquellas compañeras con las que comparto el mismo proyecto ideológico.



Liderar con los pies en el suelo

La política me ha permitido desarrollar mi compromiso de trabajar por una sociedad en la que nadie tenga que pasar por las necesidades que yo pasé. Siempre he sido consciente de mi responsabilidad al representar a tantas personas que confían en mí, y nunca he olvidado de dónde vengo ni quién soy, ni tampoco que esta es una situación temporal, porque de la misma forma que hay que saber entrar, hay que saber salir.

Los pies siempre tienen que estar bien asentaditos en el suelo, pues, en política, de la misma forma que puedes estar arriba, puedes estar abajo. El cargo es como un traje, pero no puede confundirte con quien eres. Y, sobre todo, no puedes olvidar que es temporal.

Los pies siempre, siempre, tienen que estar asentados en el suelo, aunque la mirada te lleve muy lejos. Tanto, como los sueños que te dicen que habrá un día en el que terminaremos con la desigualdad y la injusticia. Ese día comprenderemos que ningún hombre puede ser libre si las mujeres no gozan de la misma libertad e independencia.



Este es un proyecto donde
distintas amigas nos han ofrecido
su experiencia, y con los hilos
de las entrevistas hemos tejido
el significado de las palabras
que os regalamos.



Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Igualdad